

O. C. Bazo X



LA ENTREVISTA DE UNAMUNO CON EL REY

Otro poco de historia, por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, 18 de abril de 1922.

En estos días no sólo para mí sino para toda España históricos he podido medir el triste grado que llega el historismo público entre nosotros, el sensacionalismo de la actualidad pasajera y la ruindad de juicio de los hombres de partido. Han pretendido residenciarme por haber acudido a una llamada que se me hizo de Palacio—después de haber yo dicho en un discurso que hablaba para que se entrase el rey—y han pretendido residenciarme los que no acuden a estos actos públicos y civiles sino como se acude a la plaza de toros, a presenciar el espectáculo, a azuzar desde el tendido a los lidiadores, al huzmo de lo que en la innoble jerga tauromáquica se llama "hule". Esas pobres gentes se creían que no había sino un duelo personal entre el rey y yo, y les divertía el caso.

—¿Pero usted qué es, monárquico o republicano?—se me ha preguntado muchas veces. Y ante esa pregunta, que a mí sentir envuelve falta de sentido histórico, carencia del sentimiento de la realidad histórica—que es continua—yo me encogía de hombros. Recordaba cómo pasaron los romanos de la Monarquía a la República, cómo se le llamó republicana a la Roma de Silla y cómo el imperialismo se dijo republicano. Ellos me preguntan una cosa ideológica, acaso biológica, y yo les contestaría con algo histórico, acaso biográfico. Ellos piden política platónica, de Platón, y yo les contestaría con política tucidi-deana, de Tucídides.

En una ocasión me preguntaba un sujeto si era yo ateo y como presunción mía lo que para él significaba eso de ateo, le respondí que no, y como luego añadiera: "Luego, cree usted en Dios?", hubo de responderle: "En el Dios en que usted no cree, o más bien el Dios en que usted cree no creer, ¡no!, ¡en ése no! Y como tendríamos que ponernos a definir lo que es Dios, lo que es creer y lo que es creer en Dios, más vale que habie-

mos de otra cosa". Y cuando me preguntaban si soy monárquico o republicano contesto: "hagamos historia". Hace unos días el señor marqués de Alhucemas, en un discurso con que bautizó a la recién nacida Coalición Democrática, dijo que ellos, los demócratas, no eran partidarios de la lucha de clases. Y esto de no ser partidarios de la lucha de clases es como no serlo del verano o del invierno, o de la sequía, o del pedrisco, o de un terremoto o de un eclipse. Se podrá ser partidario de una idea, ¿pero de un hecho? Lo que cabe en el de la lucha de clases es lamentarlo—por nuestra parte lo bendecimos—y buscar el modo de abrirle un cauce para que discurra sin desbordamientos.

¿Soy partidario de la monarquía? Un español de hoy, súbdito del Reino de España, tiene que ser, en un cierto sentido, monárquico, a no ser que se ponga fuera de la ley o que emigre. Los diputados republicanos mismos acuden al Parlamento que el rey convoca, juran o prometen acatar la Constitución monárquica, y algunos de ellos ocupan puestos públicos de real orden. Otra cosa sería lanzarse a un revolucionarismo estéril y no poner un revolucionarismo en el lugar del clonarismo sin contenido histórico, sin sentimiento de continuidad.

—Pero, ¿es usted republicano?—¡Ah, qué difícil le es contestar a esto a un español que tenga alguna conciencia histórica, que sepa lo que aquí ha significado y sobre todo lo que significa hoy el republicanism! No la República, no, sino el republicanism. Y, sobre todo, los partidos republicanos. Si hay algo vacío, gárrulo, retórico, puramente formulario, es el republicanism español. Los más de los españoles con hondo sentimiento republicano, con alguna conciencia histórica de lo que la República es, rehúsan dejarse llamar republicanos. No quieren que se les confundan con los que no son más que antimonárquicos. Así como, por otra parte, apenas si hay hoy verdaderos monárquicos en España, pues los que así se llaman no son más que anti-

republicanos del republicanism español de comités electorales y de jefes y jefecillos. A tal punto que los verdaderos republicanos que hay en España hoy, los socialistas, son los que más se burlan del republicanism. Y ya va comprendiendo la gente que lo que hay que ser es liberal o no liberal.

Castelar, el posibilista—y al posible mismo le llevó su sentido de la continuidad histórica—se retiró de la vida pública, licenciando sus huestes—y esto es lo malo, tener huestes—cuando creyó que la monarquía había aceptado todas las esencias republicanas. Se equivocó, creemos que de buena fe; de una monarquía como la nuestra, la de la fórmula "por la gracia de Dios, rey constitucional de España", no puede históricamente aceptar la esencia republicana. Y no es sólo por lo de "rey constitucional".

La realidad debería estar, mientras dure, por debajo de la Constitución, fuera de ella. La Constitución debería ser tal que no cambiase aunque cambiase la forma de gobierno. En la Constitución no se debería hablar más del rey que se habla de los alcaldes. El orden de sucesión al trono, y, gr., no debería ser cosa de la Constitución, que es una ley sustantiva. Debería quedar para una ley adjetiva. Y poder en un momento dado cambiar de régimen sin tener que cambiar de Constitución. Y por lo demás, ¡en cuántas repúblicas no es el presidente un monarca mucho más monarca, más autocrático, que no los reyes! El rey de Inglaterra tiene menos facultades, y, sobre todo, se toma muchas menos facultades que algunos presidentes de República.

Al posibilismo de Castelar ha sucedido el reformism de D. Melquíades Álvarez y los que lo rodean, que son, justo es decirlo, lo mejor, lo más sano, lo más inteligente del histórico republicanism español. El republicanism español, en lo que tiene de sentido de la continuidad histórica,

hay que ir a buscarlo en el reformism. Su error consiste en creer que su contenido se puede desarrollar bajo la monarquía actual, como el error de Castelar consistió en creer que esta monarquía había aceptado las esencias republicanas. No creemos que los reformistas estén muy convencidos de que se pueda actuar con su programa bajo esta monarquía, pero quieren intentarlo. Algunos de ellos abrigan el propósito de que ese intento sea el mejor modo para llegar al cambio de régimen. Es decir, que hay que empujar desde dentro y no desde fuera. Don Melquíades ha dicho más de una vez que él acatará la monarquía mientras ésta tenga la confianza del pueblo, y que no hay otra soberanía que la del pueblo, rechazando así ese absurdo concepto de la cosoberanía.

Pero, ¿puede resignarse una dinastía con la tradición histórica de la española actual al papel de un poder puro y enteramente democrático tal como el reformismo le asigna? Lo dudamos mucho. Eso no sería sino prepararse a bien morir y antes que eso lucharía por la vida hasta el suicidio. No creemos fácil que se repita el caso de D. Amadeo de Saboya, que no tenía raigambre alguna de tradición histórica en España. Ni olvidemos que nuestro rey tiene sangre no sólo de los Borbones, sino de los Austrias, de los Habsburgo. Desciende de Fernando VII, pero también de la casta de Felipe II.

Frente a esas distinciones puramente ideológicas y hasta escolásticas de monárquicos y republicanos—o mejor de antimonárquicos o antirrepublicanos, que unos y otros no son más que "antis"—no cabe sino hacer historia. Y un modo de hacerla es contarla. Y he aquí por qué he intentado desarrollar aquí un poco de historia, que puede ser instructiva lo mismo para españoles que para quienes no lo sean. Hay que acostumbrar a la gente a discutir históricamente, con la menor ideología abstracta, de enciclopedista.